á la vela, los marineros apercibieron la frágil embarcacion; lo indicaron al piloto, diciéndole que parecia tripulada por un gran número de hombres que hacian señas de peligro agitando sus manos y sus vestidos por encima de sus cabezas. El piloto, que se llamaba Pepicio, se levanta á estas palabras, mira la barca, reconoce en Pompeyo la figura que habia visto en sueño, y, golpeándose de dolor en la frente con sus dos manos, ordena á sus compañeros que bajen la chalupa al mar, y con ella se aproxima á Pompeyo, presencia su desastre, le tiende con respeto la mano para que pase á su lancha, y le hace subir con su comitiva en su buque.

L.

El piloto, enternecido por el espectáculo de una vicisitud tan grande de la suerte, y como advertido de su deber por el sueño que le habian enviado los dioses, preparó con sus propias manos el frugal alimento de sus huéspedes. Favonio, uno de los ciudadanos mas ilustres de Roma, viendo á Pompeyo desprovisto de esclavos, le desnuda él mismo para bañarse, le frota con aceite antes de comer, honrado con hacer los servicios de un esclavo al mas grande y al mas desgraciado de los romanos, y no se cree humillado con lávarle los piés y prepararle todos los dias su comida. El corazon noble todo lo ennoblece, decian los marineros testigos de esta domesticidad voluntaria, y todo ocupa á las grandes almas, aun la servidumbre de la amistad.

LI.

Pompeyo se hizo conducir á la isla de Mitileno, llamada tambien Lesbos, en el camino que conduce á Egipto. El mas penetrante de sus infortunios y el mas heróico de sus consuelos, Cornelia, estaba en esta isla.

Pompeyo, despues de la muerte de Julia, hija de César, su primera mujer, se habia casado, ya viejo, pero siempre enamorado, con la bella Cornelia, hija de Escipion,

viuda de Craso, mujer tan ilustre por su bondad, por su génio, por sus virtudes, como por su amor á Pompeyo. Cornelia cultivaba la poesía, la música, las letras, la filosofía, y aventajaba á todas las romanas. Sus virtudes igualaban á sus encantos, y la solidez de su juicio hacia olvidar su juventud. Pompeyo, que la adoraba como hija y como esposa, la habia depositado, pasando á Epiro, en la isla de Mitileno, para que allí estuviese al abrigo de los insultos de César, y retirada del teatro de la guerra sin correr las fatigas y los peligros de esta. Lo que habia de mas cruel en su infortunio en aquel momento, era no tanto confesar su derrota al mundo, como hacerlo saber á Cornelia.

LII.

Anclaron por la noche en la rada de Lesbos y no osó á saltar en tierra y aparecer en su abyeccion á los ojos de su mujer y de su hijo. Uno de sus compañeros de fuga bajó solo á la playa, y haciéndose conducir á casa

de Cornelia, la que, en la fé de un falso rumor, creia en una grande victoria de su marido, el enviado, forzado á cambiar una tal ilusion en duelo, se inclina silencioso delante de ella, y casi por sus lágrimas le hace saber que el dueño de un ejército y de una flota de mil quinientas velas algunos dias antes, aguardaba, para huir, con su mujer y sus hijos en el puerto de Mitileno, en un buque, donde la piedad de un pobre piloto le habia dado el pasaje y la hospitalidad.

Cornelia, desmayada de horror y de ternura por tal nueva, levántase, en fin, de tierra, y con los brazos tendidos corre hácia la playa, y se arroja en brazos de su marido, que habia bajado para recibirla.

«¡Ay de mí! le dice ahogada por los sollozos, y tomando sobre sí, con una admirable astucia de ternura, toda la desgracia y toda la injusticia de la adversidad de su marido! ¡ay! ¡que el estado en que te veo es la obra de mi fortuna y no de la tuya! Te ves reducido á un pobre y pequeño barco prestado, tú, que antes de casarte con Cornelia navegabas en esta misma mar con millares de velas! ¡Ah! ¿por qué has venido á ver-

me? ¿Por qué no me has abandonado á mi desgraciado destino, á mí, que desde que te casaste conmigo no te he proporcionado mas que reveses y desastres? ¡Cuán feliz hubiera yo sido habiendo muerto antes de saber la muerte de Craso, mi primer marido, que los Partos me mataron, ó cuán sábio hubiera sido, si, despues de su muerte, le hubiera seguido á la tumba, como lo habia pensado! ¡No he vivido, pues, no he amado al gran Pompeyo sino para ser la causa de sus desgracias!...»

Pero Pompeyo, consolándola con caricias y levantándola á la altura de su impasibilidad romana, le dice:

«Cornelia, tú te afliges porque no has conocido hasta aquí conmigo mas que la dichosa fortuna que te ha engañado y te admira de nuestros reveses hoy dia, porque me ha sido fiel mas largo tiempo que á ninguno de sus favorecidos; pero es menester soportar sus vicisitudes, ya que hemos nacido mortales, é intentarla aun con confianza, porque, á pesar de mi pasada grandeza, estoy caido en la humillacion en que me ves, es posible que esta humillacion me eleve á mi pasada grandeza!»

Un filósofo griego de Lesbos, amigo de Cornelia, que estaba presente, habló un momento con Pompeyo de la Providencia, á quien el vencido estaba tentado de acusar de injusticia, defendiendo así el buen derecho á la fuerza.

«¡La Providencia! dice Plutarco, eran los vicios del pueblo romano, incapaces de sostener por mas tiempo la república, y acosados de castigarse ellos mismos, coronando la tiranía.»

LIII.

Emigraron hácia el Egipto, asilo que Pompeyo creia el solo fiel y seguro, porque él mismo habia coronado en otro tiempo al padre del jóven rey que reinaba entonces. Este era Ptolomeo, hermano de Cleopatra, la mas célebre de las reinas y de las mujeres por su bondad, por su génio y por sus amores, que hicieron juguete de sus caprichos á los mas grandes hombres de su tiempo,

César y Antonio, de quienes el mundo era el juguete.

Algunos buques, llenos de sus partidarios y de soldados romanos recogidos en el mar ó en las costas de Jonia y de Chipre, seguian la galera de Pompeyo que se aproximaba de las riberas de Egipto. Ninguno dudaba, á bordo de estos buques, que el grande hombre no fuera acogido como el mas ilustre de los romanos y como el bienhechor de la dinastía de los Ptolomeos. Creian que asistido con los tesoros y las tropas de Egipto, ausiliar y tributario de Roma, reuniria todas las legiones romanas de Africa y que le volveria la fortuna, abochornada de haber por un momento abandonado la causa de los hombres, de las leyes y de los dioses. Cornelia misma le entretenia en esta confianza.

LIV.

Sin embargo, los ministros del jóven rey de Egipto, príncipe todavía niño y sujeto por su edad á los consejos de ellos, infor-

mados por un ligero barco del éxito de la batalla de Farsalia, y por otro la aproximacion de Pompeyo y de su flota, deliberaron sobre el partido que convenia tomar con un huésped tan embarazoso despues de vencido. Un retórico llamado Teodoro, de Chio, raza mercenaria, que se insinúa en los consejos de los príncipes ó de los pueblos para inspirarles viles destrezas bajo el nombre de política, y para presentarles crímenes útiles como actos de génio y de virtud, resolvió de pronto la cuestion:

«Si acogemos al gran Pompeyo, dice al consejo de Egipto, tendreis dos calamidades por una: á César por enemigo y á Pompeyo por señor. Si le rehusais el asilo y él vuelve á ser poderoso, habreis de temer, no solamente su venganza por la afrenta que le habríais hecho, sino tambien la venganza de César por el peligro que le habríais hecho correr no libertándole de su enemigo. Solo teneis, pues, un camino que seguir, añadió con una perversidad irónica; recibirle é inmolarle en la ribera, porque así habreis cumplido secretamente con César, desembarazándole de un rival, y que, por otro lado,

no tendríais nada que temer de la venganza de Pompeyo; porque, añadió sonriéndose é inventando el primero una palabra, que despues ha sido proverbio de los asesinos, los muertos no muerden!»

Photin y Achilles, dos esclavos favoritos y dueños del consejo que gobernaba el Egipto con Teodoro, aplaudieron esta resolucion. Encargóse Achilles de la ejecucion. Subió en una chalupa con dos oficiales romanos, centuriones en otro tiempo de los ejércitos de Pompeyo, llamado el uno Septinio, y el otro Salvio, y algunos sicarios egipcios; despues se adelantó á la galera de Pompeyo. Cornelia y los amigos de este grande hombre, viendo en lugar de los honores y cortejos que esperaban, una miserable barca tripulada solamente por siete hombres armados que se aproximaba á su galera, auguraron mal de tan innoble recepcion al que habia sido dueño de Egipto y del mundo; entrevieron algun siniestro designio, y suplicaron á Pompeyo que no se entregase á una ribera tan ingrata ó sospechosa. Pero ya no era tiempo de deliberar: veíase una multitud de hombres ar-

mados reunidos en la playa, y muchas galeras cubiertas de tropas hendir las olas para cercar la flota de Pompeyo.

Habiendo abordado, por fin, la chalupa al buque, Septimio, uno de los romanos, se levantó y saludó á su antiguo general con el acostumbrado nombre de *imperator*, como para convencerle de que su derrota no le habia degradado en Egipto á los ojos de sus soldados; Achilles le saludó en lengua griega, y le invitó á bajar á su chalupa, bajo pretesto de la dificultad de atravesar una nave tan grande por el légamo del puerto. Cornelia, medio muerta por el presentimiento del amor que revela en el corazon de las mujeres los peligros de aquellos que adoran, abrazó en vano las piernas de su marido para detenerle; él la abrazó con ternura librándose de la sujecion, y dejándola casi inanimada sobre la cubierta, bajó á la chalupa ayudado por la mano de Achilles. Despues, volviéndose por última vez para mirar á su mujer y su hijo, y no haciéndose ya ilusiones sobre su suerte, les dirigió por triste adios este verso de Sófocles:

«Todo hombre que penetra en la corte de un tirano, se hace esclavo, aunque él haya entrado libre.»

LV.

Mientras que la chalupa atravesaba la ancha laguna que separaba la galera de la ribera, un silencio embarazoso y siniestro cerraba los lábios de los egipcios y de los griegos, Pompeyo, como para sondear este silencio y presentir los sentimientos de sus huéspedes, al acento de sus voces, se dirige á Septimio; le preguntó si se engañaba él, creyendo reconocerle por el hombre que en otro tiempo habia hecho la guerra á sus órdenes. Septimio, sin contraer sus facciones y sin responder mas que con un gesto mudo, le hizo una señal de cabeza que queria decir desdeñosamente que era verdad. El silencio continuó en la chalupa; Pompeyo, para conservar su continente, abrió sus tablitas y se ocupó en repasar una arenga en lengua griega que habia preparado durante su navegacion, para dirigírsela á Ptolomeo.

LVI.

Entretanto Cornelia, recobrados sus sentidos por la ansiedad sobre la suerte que aguardaba á su esposo en la ribera, contemplaba desde lo alto de la galera la chalupa pronta á abordar. Comenzaba á consolarse y á congratularse, viendo una turba de cortesanos ricamente vestidos bajar hasta la ribera, como para hacer honor y cortejo al huésped del Egipto, y ya daba gracias á los dioses por su salvacion. En este momento, la chalupa, tocando la ribera, y Pompeyo tomando la mano de Filipo, su liberto, para levantarse de su banco y poner el pié en tierra, Septimio, como si no hubiera osado herir de frente á tan ilustre víctima, le mete su espada por la espalda en el cuerpo; Salvio y Achilles, redoblando los golpes, le atravesaron á su vez con sus espadas. Pompeyo, sin tratar de defenderse y sin parecer admirarse, se cubrió la cabeza

con su toga, como para ocultar toda agonía indigna de él al sol; y, cayendo así envuelto á los pies de sus asesinos, murió sin hacer entender otro reproche á los dioses ni otro adios á la vida que un ligero suspiro.

A la luz del sol en las espadas y á la caida de Pompeyo en la barca, Cornelia cae tendiendo los brazos hácia su marido, como si su mano pudiera evitar de tan lejos el golpe que lo heria. La galera, espantada, huyó á fuerza de remos y la llevó moribunda á alta mar.

LVII.

Septimio, Salvio, Achilles y sus esclavos, habiendo cortado la cabeza á Pompeyo para llevársela á Ptolomeo y hacer un tributo á César, arrojaron su cuerpo fuera de la barca, y lo abandonaron en la arena á las aves de rapiña y á la espuma de las olas. Los pescadores y el populacho curioso examinaron despacio todo el dia este cadáver. Cuando llegó la noche y la ribera quedó de-

sierta, el liberto de Pompeyo, Felipe, que fué el único que no abandonó el cuerpo de su amo, le lavó piadosamente en el agua del mar y le amortajó en su propia camisa, de la que se despojó para hacerle una mortaja. Despues, buscando á lo largo de la costa algunos restos de barcos lanzados por las olas, los juntó uno por uno, á fin de construir una pira para quemar el cuerpo, segun los ritos antiguos, y llegó con pena á reunir un pequeño monton de madera bastante para consumir un cuerpo débil y desnudo, y que no estaba entero.

Mientras que el fiel servidor estaba piadosamente ocupado en vagar así por la playa para recoger las tablas de barquillas encalladas como su señor, un veterano romano, antiguo soldado de Pompeyo, retirado en Egipto, que por acaso pasaba por esta playa desierta, se presentó á Felipe y le preguntó qué hacia á aquella hora en la orilla del mar.

«Soy el liberto de Pompeyo, y preparo la pira para sus funerales, respondió Felipe.»

El antiguo soldado, levantando las ma-

nos al cielo y enterneciéndose al espectáculo del señor del mundo sepultado furtivamente durante la noche, por un solo esclavo, en una playa estranjera:

«Ah! dice al liberto, no se dirá que tú solo tienes este honor! Permite me una á tí en este último deber, como un piadoso y santo acaso ofrecido á mi vejez por la Providencia, que me tiene confinado despues de tantos años en esta tierra ingrata y funesta, para reservarme al menos, tras tantas desgracias, el consuelo de tocar con mis manos los restos y de hacer los funerales al mas grande de los romanos!»

La llama de la pira encendida por estos dos hombres piadosos, ardió hasta el dia. A la mañana siguiente, uno de los amigos y lugartenientes de Pompeyo, Léntulo, que llegó de la isla de Chipre costeando la ribera sin saber nada de la muerte de la víspera, apercibiendo desde lo alto de su galera los últimos resplandores de la pira que luchaban con la aurora junto á las olas,

«Ah! dice á sus compañeros, ¿quién es aquel que ha venido á descansar, en fin, aquí de sus largos trabajos, y á entregar

sus cenizas á los elementos en este lugar desierto?»

Despues, como dominado por un profético presentimiento:

«Ay! ay! añade pensando en las vicisitudes é ironías de la suerte, quizá eres tú, oh gran Pompeyo!»

Y era él!

Durante estos sucesos, Ciceron, retirado con Caton en un pequeño puerto de Grecia, vecino á Farsalia, asistia silencioso y consternado á la ruina de la república.

LVIII.

Un gran poeta, que fué al mismo tiempo un gran político, pero que desgraciadamente para su memoria llevó el amor de la libertad hasta el fanatismo, y el republicanismo hasta el regicidio, MILTON, ha escrito en alguna parte estas líneas:

«Si Dios no derramó nunca un amor firme de la belleza moral en el seno de un hombre, le ha derramado en el mio. En cualquiera parte donde encuentro un hom-

bre despreciando la falsa estimacion del vulgo, osando aspirar por sus sentimientos, su lenguaje, su conducta, á lo que la alta sabiduría de los ángeles nos ha enseñado de mas escelente, me uno á este hombre por una suerte de necesario atractivo. No hay poder en el cielo y en la tierra que pueda impedirme contemplar con respeto y con ternura á aquellos que llegan á la cima de la dignidad, del carácter, de la inteligencia y de la virtud!»

Este *amor satisfecho de la belleza moral* en un hombre histórico, este *respeto y esta ternura por aquellos que han llegado á la cima de la dignidad, del carácter y de la virtud*, nos han sostenido hasta aquí en la relacion de la vida de Ciceron; van á rebelarse un instante y á contristarse un poco cuando tracemos, no sus crímenes—no los hay en su vida,—sino algunas desigualdades y algunas debilidades. Despues de la caida de la república, es menos constantemente admirable; pero para el hombre que le gusta contemplar en el hombre la lucha de las debilidades humanas contra las virtudes y el triunfo alternativo de los deberes ó de las

pasiones en nuestra alma, llega á ser quizá mas interesante. Los caractéres de una sola pieza, como el de Caton, tienen alguna cosa de sobrehumano y de uniforme que eleva mas y que toca menos que los caractéres menos dueños de sí mismos, que fluctúan y se levantan, como el de Ciceron. Sucede en el hombre como en los paisajes: las líneas rectas del horizonte, son sin duda las mas puras en geometría y en lógica; pero las líneas del horizonte que se elevan y descienden, que se levantan y se deprimen á su vez para levantarse aun y para elevar la mirada hasta los cielos, despues de haberla declinado hasta los abismos, son el interés y el encanto del pintor y del espectador. La naturaleza ha hecho al hombre un sér *ondulante* y *diverso*, dicen los filósofos; considerado así, sin duda nos impone menos, pero nos une tanto mas cuanto es mas hombre.

LIX.

Ciceron lo fué todo despues de la muerte

de Pompeyo. La República, muerta con este grande y último ciudadano, vino á ser la presa apenas disputada de César. El derecho habia sucumbido en Farsalia, la fuerza era todo; César tenia la fuerza y la tomaba como un gran corruptor de su patria, no á las virtudes del pequeño número, sino á todos los vicios de una multitud que pide un señor porque se siente digna de la tiranía.

Con esa prontitud que sorprende el destino y que le fija, César voló, despues de su victoria, á España, á Africa, á Egipto, para dar allí golpes repentinos é inesperados á los lugartenientes y á los hijos de Pompeyo, para quitarles sus legiones, y para cogerles, por todos los miembros esparcidos del poder romano, aquella libertad que queria destruir y aquel imperio que queria fundar.

Ciceron, en vez de seguir el ejemplo de Caton, de protestar contra la victoria y de morir con la misma arma que mataba la libertad de su pais, pareció arrepentirse, no tanto de la derrota del gran Pompeyo y de la República, como de haber abrazado tar-

día é imprudentemente la causa vencida por los dioses. Comenzó á acomodarse con la tiranía y á pedir con suerte gracia por su virtud al vencedor. Nada le era tan fácil como obtenerla. Habia en César crímenes grandes, y era amable como su génio. Era demasiado superior para ser vengativo; era al mismo tiempo demasiado político para no complacerse de parecer á los ojos del pueblo romano, aceptado ó hasta perdonado por un hombre como Ciceron, que era el solo que representaba entonces en él solo las letras, la elocuencia, la autoridad moral en el Senado, la estimacion del pueblo, en una palabra, todo lo que se llama hoy dia *la opinion pública*. Además, César amaba á Ciceron por ese atractivo mútuo é involuntario que arrastra las grandes inteligencias á amar lo que se les parece. Tenia demasiado génio para ser insensible al génio, demasiada gloria para ser envidioso. Ciceron le parecia una de las mas brillantes decoraciones de la humanidad en su siglo; era mas ufano de reinar sobre un hombre como Ciceron, que sobre aquella turba de pueblo y de soldadesca que se postraba de-

lante de su fortuna. Queria hasta dejar á Ciceron la dignidad de su regreso y la independencia de sus opiniones; le pedia, no que se avasallara, sino que se resignara.

LX.

Las negociaciones en este sentido se establecieron por los amigos comunes entre Ciceron y César. Ellos no esperimentaron otra lentitud que la de la distancia entre estos dos grandes romanos. Ciceron atravesó el mar que separaba el Epiro de la Italia, desembarcó tímidamente en Brindes, puerto donde se habia embarcado poco tiempo antes para reunirse á Pompeyo. Allí cayó en los brazos de su hija Tulia, la mas tierna, la mas ilustre, la mas letrada de las jóvenes romanas de su tiempo. La adoracion mútua del padre para la hija, y de la hija para el padre, se redobló aun por la adversidad. Separada de su marido, indignó de ella, Tulia no tenia mas que á él; descontento de su mujer, ambiciosa y fria, Ciceron no tenia mas que á ella. El padre y la hija

lloraron juntos las desgracias de su patria y las suyas propias. El hermano de Ciceron, C. Quinto, que le habia amado como á sí mismo, no supo esperar la benevolencia de la transicion de una causa á otra. Acosado por la adulacion ó por el miedo, corrió á Africa con su hijo, sobrino de Ciceron, para implorar los favores de César y para echar cobardemente sobre su hermano el error que habia cometido siguiendo el partido de Pompeyo. César se indignó de semejante bajeza, y escribió á Ciceron informándole de todo. Este, con una generosidad fraternal, respondió á César tomando sobre sí todo el crimen, y suplicando al dictador perdonase el estravío de Quinto.

Por otro lado, su fortuna, ya desembarazada á su partida de Italia, habia acabado de empeñarse hasta la indigencia por las depravaciones de su mujer, por la ausencia ó el agotamiento de los productos de las tierras por tantas guerras civiles y espoliaciones sucesivas que afligian á la Italia. No vivia mas que de los préstamos y de los socorros de sus amigos, principalmente de